

Adornado de lirios y amapolas,  
Cuando Celina, ruborosa, á solas,  
« Si, ¡yo te amo! » murmuró sutil,  
¡Venid! ¡venid! espléndidas de oro,  
Palabras del amor, cándidas, puras;  
Derramad en mi alma las dulzuras  
De ilusiones de nácar y zafir.

Noche de amor! dulcísimas sonrisas!  
Palabras tiernas de misterios llenas!  
Suave suspiro que endulzó mi penas,  
Bella esperanza, en el querer, salud!  
Salud, salud, brillantes ilusiones  
Que embriagásteis de amor el alma mía!  
Yo os adoro... pues en solo un día,  
Me disteis mi perdida juventud!

Sí, mi Celina, tu divina imagen  
Vaga á toda hora en mi exaltada mente;  
Creo escuchar tu voz y dulcemente,  
« Sí, yo te amo » murmurar también;  
Y veo en mi delirio con encanto,  
Clavados nuestros ojos como antes,  
Y nuestros labios trémulos, vibrantes,  
Buscar ansiosos la encendida sien.

De encantos é ilusion á toda hora  
Sorprendo mi alma traspbordando llena;  
Y, envuelta en blanca espuma, á mi sirena  
Nadando veo cual mimoso pez;  
Sus brazos de marfil sueltos agitan  
Las cristalinas, transparentes olas,  
Y un « sí te amo » murmurando á solas  
Oigo en sus labios espirar también.

## MANUEL INURRAIETA

### LA QUE VÍ EN EL BAILE.

Era jóven y era linda,  
De una estatura mediana,  
Negro el cabello, ojos grandes,  
La megilla sonrosada;  
En su festivo semblante  
De expresion abierta y franca,  
Por una mano invisible  
La bondad lleva grabada,  
Dulce su voz, armoniosa,  
Penetrantes sus miradas,  
De afable y sencillo trato,  
Alegre como unas páscuas,  
Sin melindres de doncella,  
Ni escrúpulos de beata,  
De blanco toda vestida  
De sencillez hace galla:  
Tanto más bella parece  
Cuanto ménos esmerada.  
Un chal de color celeste,  
Sujeto al pecho llevaba  
Con una « mariposita »

De filigrana de plata.  
En cada una de sus formas,  
En sus modales, en su habla  
Hay un secreto que hechiza,  
Hay un hechizo que encanta.  
Cuando baila ; qué donaire!  
; Qué gentileza ! ; qué gracia!  
Si parece que no toca  
Al suelo la leve planta.  
Entre el bullicio y tumulto  
De la alegre contradanza,  
Atónito la seguía  
Con la vista y con el alma ;  
Sólo á ella veían mis ojos,  
Sólo su voz escuchaba.  
Si fuera como esta hermosa  
La que el destino me guarda,  
; Cuán dichoso me creyera !  
; Oh, cómo tierno la amara !  
Mientras bailaba ligera  
Una presurosa valse,  
Cayérasele un ramito  
Que en la cabeza llevaba ;  
Recogió en el momento  
Como una cosa sagrada,  
Y guardélo aquí en mi pecho  
Que agitado palpitaba.  
Entre confiado y dudoso,  
Acerquémeme luégo á hablarla,  
Y mirándome risueña  
Extendió su mano blanca,

Brindándome una diamela  
Que sobre el pecha ostentaba.  
Al tomarla yo le dije.  
Con no sé qué desconfianza :  
• ¿ Por qué la empleais tan mal ? •  
• En nadie mejor empleada,  
Me contestó cariñosa,  
Que en el que humilde se baja  
A levantar una flor  
Acaso va pisoteada... •  
Desde entónces ando loco,  
Ya no sé lo que me pasa :  
Soñé con ella esa noche,  
Tambien soñaré mañana.  
Ella, el ramo, la diamela,  
Y aquella boca torneada  
Como el arco del amor,  
Me siguen como fantasmas ;  
Unas veces todas juntas,  
Otras veces separadas,  
Siempre las tengo presentes  
Y no pudiera olvidarlas,  
Ni aunque tú me lo pidieras,  
Ni aunque ella me lo mandara,  
Ni porque traiga en el pecho  
La imágen de la inconstancia. •  
Padres y esposas ; seres adorados  
Que repite con té la humanidad.  
Los que sois como yo tan desechados  
Conocéis de mi mal la intensidad.  
Pero ¿ qué hacer ? ¿ dolémos la tortura

PEDRO LACAZA

A MI HIJA HILARIA.

Del turbulento océano de la vida  
Volaste, Hilaria, á la mansion de paz,  
Dejando mi alma de dolor transida  
Y envuelta en nubes mi marchita faz.

Si algo pudiera tu afligido padre,  
Si algo valiera su plegaria á Dios,  
Que en el regazo poses de tu madre  
Sólo pidiera mi doliente voz.

Pidiera sólo que tus tiernos hijos,  
Hijos de mi alma, porque tuyos son,  
Siempre imitaran tu virtud, prolijos,  
Amando tu memoria con pasión.

Sólo pidiera que tu esposo tierno,  
Modelo de cariño y de bondad,  
Jamás faltára del hogar paterno,  
Para cubrir con su ala la orfandad.

¡Padres y esposas! ¡séres adorados  
Que repite con fé la humanidad,  
Los que sois como yo, tan desgraciados,  
Conoceis de mi mal la intensidad.

Pero ¿qué hacer? doblemos la rodilla

A los decretos que fulmina el cielo;  
Que es la vida constante pesadilla,  
Y el hombre polvo que reclama el suelo.  
Es planta sin raíz, que el viento azota,  
Desgaja y arrebatada sin piedad,  
Sin dejar de su sávia ni una gota  
Al crugir de la horrible tempestad.

Desgraciado de áquel que equivocando  
El pasaje que hacemos por la tierra,  
Con la vida inmortal está esperando  
Salir del cáos que su vida encierra.

Desgraciado de áquel que ciego y loco,  
No mira arriba por asirse al suelo,  
Cambiando así la eternidad por poco,  
Y los bienes de aquí por los del cielo.

Hay sólo un medio de apocar los males  
Y de hacer llevadera la existencia,  
Y es posponer los bienes terranales  
A la tranquilidad de la conciencia.

Dichosa tú, pedazo de mi vida,  
Que al volar de lo tierra no ha dejado  
Más que recuerdos para ser querida  
Y bendito tu nombre idolatrado.

CANCION.

Jazmines y aromas  
Merece mi amada;

Su tez delicada

Me brinda el amor.

Mas es tan esquiva

La ingrata conmigo,

Que cual enemigo

Me niega un favor.

Desciendan claveles.

Violetas y rosas,

Para las hermosas

Que saben amar.

Para las esquivas.

Que luevan abrojos.

Ya que con los ojos

Se saben vengar.

---

JOSÉ MÁRMOL

---

EL RELOJ.

---

Sómo en la vecina iglesia

La campana del reloj,

Diciendo : « pasó una hora

Y á la aternidad cayó »

Eco lúgubre del tiempo

Que con fatídico son

Nos manda que repitamos

En cada momento : ¡adios!

Pero el mundo sólo mira

Porvenir en el reloj :

Y *las doce* de la noche

El amante corazon,

Las horas que van pasando

No se cuentan al reloj ;

Cuenta el hombre las que faltan,

Mas nunca la que pasó.

Así al sonar la campana

Suele en secreto decir :

« Las que he de marcar espero,

Porque esperar es vivir. »

Es, pues, entónces en el mundo mio  
Indiferente para mí el reloj ;

Pasen las horas á su antojo, pasen ;

Tráenme lo mismo que los diez las dos.

Yo nado espero, mi cansada vida

*Ni llorar puede ni sentir amor ;*

Del llanto mio se agotó la fuente,

La llama activa del amor murió.

Ya con el mundo los estrechos lazos

Mi descontento corozon rasgó ;

Lo mismo el dia de mañana espero

Que ayer las horas esperé de hoy.

Activo foco de pasion mi alma

A los incendios del amor cedió,

Y grande placa de cristal mi mente

Vida y verdades trasparentes vió.

Sé que si escucho de mujer querida,  
Latiendo el alma en amorosa voz,  
O ella se engaña al pronunciar : « te amo, »  
O á mí me miente con doblez mayor.

Sé que si el seno de los hombres busco  
Y mi cabeza y corazón les doy,  
Luégo que espriman de mí sér la esencia  
Con risa amarga me dirán : « ¡ adios ! »

Y sé que es hoy lo que será mañana  
El mundo, el hombre, la mujer y el sol ;  
Y, pues que toda lo que viene he visto,  
Tráenne lo mismo que las diez, las dos.

Yo nada espero, ni dolor ni risa,  
En la indolencia en que mi ser cayó :  
Si hoy tengo hastío lo tendré mañana ;  
Es mueble inútil pora mí el reloj.

### CRISTOBAL COLON

Dos hombres han cambiado la existencia  
De este mundo en los siglos peregrino :  
El lábió de Jesus le dió otra esencia,  
Y el génio de Colon otro destino.

Completaron de Dios la mente misma  
A inspiraciones de su amor profundo :  
Uno del alma iluminando el prisma,  
Otro haciendo de dos uu solo mundo.

Angel, génio, mortal, que no has logrado  
Legar tu nombre al mundo de tu gloria ;  
Que ni ves en su suelo levantado  
Un pobre monumento á tu memoria.

¡ Ah ! bendita la pila da tu frente  
Se mojara en el agua del bautismo,  
Y el ala de tu génio amaneciente  
Se tocara en la uncion del cristianismo !

Angel, génio, mortal, yo te saludo  
Desde el seno de América, mi madre ;  
De esta tierra beldad que el mar no pudo  
Robarla siempre á su segundo padre.

La hallaste, y levantándola en tu mano  
Radiante en sus gracias virginales,  
Empinado en las ondas del Océano  
Se la enseñaste á Dios y á los mortales.

Despues de Cristo en el terráqueo asiento,  
Siglo, generacion, ni raza alguna,  
Ha conmovido tanto su cimientó,  
Como el golpe inmortal de tu fortuna.

A tu grandeza un siglo era pequeño ;  
Y en los futuros siglos difundida,  
Es el eterno tiempo el solo dueño  
De tu obra inmensa en su grandiosa vida,

Tu como Dios al derramar fulgentes  
Los mundos todos en la oscura nada,  
Al *más allá* de las futuras gentes  
Diste sin fin tu América soñada.

En cada siglo que á la tierra torna,  
La tierra se columpia, y paso á paso  
Su destino la América trastorna,

Y muda el sol su oriente en el Ocaso.

Obra es tuya, Colon; la hermosa perla  
Que sacaste del fondo de un Océano,  
Al través de los siglos puedes verla  
Sobre la frente del destino humano.

El ángel del futuro rompió el lazo  
Que á las columnas de Hércules le ataba,  
Y saludó en la sien del Chimborazo  
Los desiertos que América encerraba.

No de la Europa quebrará la frente  
El rudo potro del sangriento Atila:  
Pero ¡ay! el tiempo, en su veloz corriente,  
Mina el cimiento donde ya vacila!

El destino del mundo está dormido  
Al pié del Andes sin soñar su suerte;  
Falta una voz bendita que á su oído  
Hable mágico acento y le despierte.

Un hombre que á esta tímida belleza  
Le quite el azahar de sus cabellos  
Y ponga una diadema en su cabeza,  
Y el manto azul sobre sus hombros bellos.

Si no te han dado monumento humano,  
Si no hay *Colombia* en tu brillante historia,  
¿Qué importa?; ah! tu nombre es el Océano,  
Los Andes la columna de tu gloria.

¿Qué navegante tocará las olas  
Donde se pierde la polar estrella,  
Sin divisar en las llanuras solas  
Tu navío, tus ojos y tu huella?

Sin ver tu sombra allí, do misterioso  
El imantado acero se desvía,

Y un rayo de tu génio poderoso  
Que va y se quiebra donde muere el día?

¿Quién, al pisar la tierra de tu gloria  
No verá en sus montañas colosales,  
Monumentos de honor á tu memoria,  
Como tú grandes, como tú inmortales?

Salve, génio feliz! mi mente humana  
Ante tu idea de ángel se arrodilla,  
Y de mi láhio la expresion mundana  
Ante tu santa inspiracion se humilla.

Por un siglo tus alas todavía  
Plegadas ten en los etéreos velos  
De donde miras descender el día  
Hasta el cristal de los andinos hielos.

Baja despues: de la alta cordillera  
Los ámbitos de América divisa;  
Y, como Dios, al contemplar la esfera,  
Sentirás de placer dulce sonrisa.

El ángel del futuro á quien sacára  
De los pilares de Hércules tu mano,  
Te mostrará, Colon, tu virgen cara,  
Feliz y dueña del destino humano.

Vuelve despues á tu mansion de gloria  
A respirar la eternidad tu alma,  
Mientras queda en el mundo á tu memoria  
Sobre el Andes eterno, eterna palma.

JOSEFINA PELLIZA DE SAGASTA

YO ERA FELIZ.

Yo era feliz; el mundo sonreía,  
Brindándome amoroso su ternura;  
Y yo; pobre inexperta! le creía,  
Gozando de su mágica ventura.  
Todo era bello entónce... enamorada,  
Con mis sueños de virgen me adornía...  
Una voz cariñosa me arrullaba,  
Y un ángel en sus alas me mecía.  
Las flores me embriagaban con su esencia...  
Las auras me arrullaban con su amor...  
Resbalaba mi lánguida existencia,  
Pura como el aliento de una flor.  
La brisa acariciaba mi cabello,  
Deslizándose amante en el jardín;  
La luna descendía, y un destello  
Alumbraba mi frente juvenil.  
¡ Todo era bello entónce! mi camino  
De flores por doquier veía sembrado;  
Y el ángel tutelar de mi destino,  
Me enseñaba mi ideal enamorado.  
Mas de pronto las flores se inclinaron...  
El cielo de mi amor se oscureció...

Los rayos de la luna se ocultaron  
Y la brisa su soplo me negó.

Encontré todo helado, mudo y frío,  
Como la yerta palidez del lirio,  
Y el pago de mi amante desvario  
Fué la lúgubre palma del martirio!

A MI ESPOSO.

Yo encontré en tí un algo indefinible  
Que en otros hombres no encontré famás;  
Un algo régio, puro, indescriptible,  
De altivez y dolor sobre tu faz.

Yo encontré la expresion de un sacrificio  
En la dulce tristeza de tu voz,  
Y en tu frente la huella de un suplieio  
Que comprendió mi amante corazon.

Yo te encontré tan bello, tan perfecto  
Cual la imágen purísima de Dios;  
Te di mi adoracion y el santo afecto  
Que profesan los fieles al Señor.

Tú comprendiste mi cariño santo...  
Comprendiste mi loco frenesí:  
Me adorastes y fui tu dulce encanto,  
Y haciéndote dichoso, soy feliz.

JOSÉ RIVERA INDARTE

TUYA ES MI GLORIA.

—  
Virgen de negros ojos  
Y de cabello ondeante;  
La de los labios rojos  
Y seno palpitante  
Con tez de nieve cándida  
Y fuego abrasador.  
Graciosa cual la palma,  
Suave como las flores,  
Como perfume de alma  
Que es santuario de amores,  
O soñolienta brisa  
En noche de pasión.  
Tú á quien mi ardiente pecho  
Esclavo su albedrío,  
Aun en el blando lecho  
Sueña con desvarío  
Que con piedad lo acojes  
O que le burlas cruel;  
A quien yo dí la vida  
Desde el primer instante  
Que mi alma conmovida  
Miró de tu semblante

La peregrina lumbre,  
La plácida altivez;  
De quien espero y temo,  
Por la duda turbado,  
Y con placer me quemo,  
Y con angustia helado  
En vano intento misero  
Mis ansias revelar;  
A quien más que á los cielos  
Mi corazón adora,  
Tú por quien tengo celos  
Del sol que tu sien dora,  
Y aún de la flor que besas  
Y qué mi amor te da.  
¿Dudas que mi guirnalda  
De gloria y poesía,  
Con lazos de esmeralda  
Brillante cual el día  
Es tuya, y solo tuyo  
Mi porvenir será?  
La música envidiada  
Que brota de mi lira,  
Tu eléctrica mirada  
Tan solo me la inspira;  
Sin ella no pudiera  
Mi canto modular.  
Del vate la victoria  
A la mujer que él ama  
No presta *agena* gloria,  
Sino envidiable fama  
Que ella á su génio diera

Alas con que volar.

Y al lado del poeta  
Surca ella los espacios  
Cual fúlgido cometa  
Con caudal de topacios,  
Que estático el profano  
No acierta á descifrar.

La Beatriz de Dante,  
La Laura de Petrarca,  
Con gloria rutilante  
Por cuanto el orbe abarca  
De sus poetas cifien  
El inclito laurel.

Sin ellas sus acentos  
De dulce poesía  
Ecos de extraños vientos  
No el alma entendería :  
El verso es enigmático  
Sin nombre de mujer.

Si tú mi amor coronas,  
Yo ceñiré á tu frente  
Esa de verdes zonas  
Aureola refulgente  
Que entre las nubes brilla  
Y alcanzaré por tí.

Y tu negro cabello,  
Hermoso cual la noche  
Cuando se adorna el cuello  
Con diamantino broche  
Al mundo dará asombro,  
A mi alma frenesi.

Permite que tu nombre  
Mi dulce plectro escriba  
Y que lo oeseche el hombre,  
Por que tu fama altiva  
No entre misterios vague  
Enigma de pasion.

Deja que con las flores  
Mi lábio lo concierte,  
A pronunciar amoros  
Que yo sin él no acierte;  
No de desden y angustia  
Símbolo sea de amor.

¿Qué vale la belleza,  
Relámpago del suelo,  
Desnuda la cabeza  
Del lauro que da el Cielo  
Al vate afortunado  
Por su inclito afanar?

¡Ay; la vejez rugosa,  
Su tersa faz marchita,  
Y en pos la muerte odiosa  
Su planta precipita  
En tumbas donde en polvo  
Se trueca de beldad.

De Otoño hoja perdida  
Nada nos resta de ella,  
Despareció su vida  
Como en el mar la huella  
De errante, frágil nave  
Que empuja el huracan.  
Mas la mujer del vate

Nunca se amustia ó muere;  
Siempre amorosa late,  
Y más frescor adquiere :  
Sañudo en vano el tiempo.  
La ve con torva faz.

Y si con mano aleve,  
En rápida carrera,  
Cubre la blanca nieve  
Su dulce primavera,  
Ella de lauro sacro  
Ciñe la altiva sien,  
Y todo amor tributo  
Da á su memoria amante,  
Y de ella es atributo  
Angélico semblante,  
O gracia sobrehumana  
Blason de otra mujer.

En su pasión • mi Laura •  
Exclama el pecho amado,  
Y lleva este eco el aura  
Hasta el sepulcro helado,  
Y en él despierta y lo oye  
La que Petrarca amó.

Luz de mi vida, aroma  
Que angustia y da consuelo,  
La palma de oro toma  
Que envia al vate el Cielo :  
Toda mi gloria es tuya  
¿De quién será tu amor?

JUAN CRUZ VARELA

MI MUERTE.

Ora benigno me dilate el Cielo  
Estos momentos que llamamos vida,  
Ora la plazca que el presente sea  
Mi último día;

Bien me acostumbre la dolencia larga  
A ver de léjos que la muerte llega,  
Bien como rayo que improviso hiere,  
Súbito venga.

Ya me arrebate del festin alegre,  
Entre los brindis del ligero Baco,  
Y cuando, á solas, de mi pátria lloro  
Triste los hados,

Iré á presencia de mi juez severo  
Sin ese miedo que al impio turba;  
Que por mi causa no corrió en la tierra  
Lágrima alguna.

Tiemble el malvado que evitar pudiendo  
Llanto y dolores, corazón de piedra,  
Al afligido que á su vista gime  
Bárbaro muestra.

Torpe calumnia que mi vida amarga,  
Fiero me pinta con colores negros,

Y el pecho blando que me dió natura  
Finge de acero.

Mas como el númen que al mortal espera  
En las regiones donde no se miente,  
No me hará cargo de dolor ageno,  
Mi alma no teme.

¡ Oh, Cielo! escucha mi ferviente voto,  
Y no me niegues lo que sólo ruego  
Para el momento en que la tumba helada  
Me abra su seno.

Primero muera que mi tierna esposa,  
Muera primero que mis dulces hijas,  
Y moribundo con errante mano

Pulse la lira.

## POETAS CUBANOS